tontas, y á mí me castiga por las dos cosas, sí: por mala y por necia... ¡Cuántos delitos hay que, bien mirados, son una tontería tras otra! Haber venido aquí, ¿qué es?... Sospecho que Dios me ha de castigar mucho más todavía. Yo vivo en medio de la mayor congoja. Mi vida es una zozobra, un susto, un temblor continuo, y cuando veo una mosca me parece que la mosca viene á mí y me dice...»

No pudo seguir. El llanto la sofocaba otra vez.

«No llores, no llores—dijo Polo un poco aturdido, mirando al mantel.—Cuando te veo tan afligida, no sé qué me da. Verdaderamente, sobre nosotros pesa una maldición.»

Y echando de su pecho un suspiro tan grande que parecía resoplido de león, meditó breve rato, apoyando la cabeza en la mano. Tanto le pesaba una idea.

XVI

«Tengo una idea, Tormento; tengo una idea—murmuró con voz semejante á un quejido.—Te la diré, y no te rías de ella. Es una idea nacida en mi soledad, criada en mi tristeza, y, por tanto, te parecerá un poco salvaje... Es que... como no hay remedio para mí en esta sociedad, como soy menos fuerte que mis pasiones y he tomado en tan grandísimo horror mi estado, se me ha venido á las mientes poner tierra, pero mucha tierra, entre mi persona y este país: se me ha ocurrido dar con mis huesos allá en lo último del mundo, en una isla del Asia, ó bien en la California ó en alguna colonia inglesa... Hay tierras hermosas

por allá; tierras que son paraísos, donde todo es inocencia de costumbres y verdadera igualdad; tierras sin historia, donde á nadie se le pregunta lo que piensa; campos feraces, donde hay cada cosecha que tiembla el misterio; tierras patriarcales, sociedades que empiezan y que se parecen á las que nos pinta la Biblia. Sueño con romper por todo y marcharme allá, olvidando lo que he sido y matando de raíz el gran error de mi vida, que es haberme metido donde no me llamaban y haber engañado á la sociedad y á Dios, poniéndome una máscara para hacer el *bu* á la gente.»

Al oir esto, relámpago de alegría brilló en los ojos de Tormento, que en aquel propósito de emigrar veía solución fácil al terrible problema que entorpecía su vida y su porvenir. Mas pronto se trocó su alegría en repugnancia, cuando Polo añadió esto:

«Sí, esa es mi idea... irme allá; pero llevándote conmigo... ¿Qué? ¿te asustas? ¡Pusilánime! Miras demasiado las cosas que están cerca y tienes miedo hasta de las moscas. El mundo es muy grande, y Dios es más grande que el mundo... ¿Vendrás?

—¡Yo!—exclamó la joven haciendo esfuerzos por disimular su horror y negando con la cabeza.

—Dame una razón.

—Que no.

—Pero una razón...

—Que no.

—Yo te contestaré con mil argumentos que de fijo te convencerán. ¡He pensado tanto en esto!... ¡He visto tan clara la pequeñez de lo que nos rodea!... Instituciones que nos parecen tan enormes, tan terribles, tan universales, se hacen granos de arena cuando con el pensamiento roda-

mos por esta bola y nos vamos á donde ahora está siendo de noche. ¡Cuidado que es grande el planeta, cuidado que es grande, y hay en él variedad de cosas, de gente!... Échate á pensar...»

Tormento no se echó á pensar nada, y si algo pensaba no lo quería decir. Silenciosa, miraba sus propias manos cruzadas sobre las rodillas.

«Dame alguna razón—repitió Polo;—dime algo que á tí se te haya ocurrido. ¿No tienes tú una idea?... ¿cuál es?

—Arrepentimiento...

—Sí; pero... ¿nada más?

—Arrepentimiento,—volvió á decir la Emperadora, sin mirarle ni moverse.

—Pero dí una cosa: ¿á tí no te molesta esta sociedad, no te ahoga esta atmósfera, no se te cae el cielo encima, no tienes ganas de respirar libremente?

—Lo que me ahoga es otra cosa...

—La conciencia, sí... Pero la conciencia... te diré... también se ensancha saliendo á un círculo de vida mayor.

—La mía no.

—Me parece—dijo don Pedro en un arrebato de mal humor cercano á la ira,—me parece que eres algo egoísta.

—¿Quién lo será más?

—Bueno, soy egoísta... y tú una piedra—manifestó él exaltándose.—Sí: eres una piedra, un pedazo de hielo. Vale más ser criminal que insensible; y de mí te puedo decir que prefiero el Infierno al Limbo.»

La joven discurría los medios de llevar la conversación á otro terreno. Su espíritu se compartía entre el arrepentimiento de la visita (achacando este mal paso á su debilidad bondadosa), y el propósito de decir á Polo: «Sí, váyase, váyase en buen hora á esa isla del Africa, y déjeme en paz.» Pero su misma falta de carácter le impedía ser tan cruel y explícita... ¡Problema insoluble, dado el temple tenaz y vehemente de aquel hombre!... Los sentimientos de Amparito hacia él habían venido á ser los más contrarios á la incomprensible fragilidad de que provenía su desdicha; eran sentimientos de horror hacia la persona, extrañamente mezclados con respeto á la desgracia; eran lástimas confundidas con la repugnancia.

En el corazón tenía la desventurada joven tantas dosis de arrepentimiento como en la conciencia, y no podía explicarse bien el error de sus sentidos ni el desvarío que la arrastró á una falta con persona que al poco tiempo le fué tan aborrecible... Mas no osaba expresarlo así por miedo á las consecuencias de su franqueza, siendo de notar que si la caridad tuvo alguna parte en su visita, grande la tuvo también aquel mismo miedo, el recelo de que su desvío exacerbara al hombre y le impulsase por caminos de publicidad y escándalo. Sobre todas las consideraciones ponía ella el interés de encubrir su terrible secreto. Pero ya que estos motivos la llevaron á la casa funesta, era urgente pensar cómo salía de ella.

«Para muchos días—dijo,—he dejado provisiones en la casa.

—¡Qué buena eres!—repitió Polo, volviendo á ser benigno y humilde, cual si le acometiera de nuevo la enfermedad.—Te vas, y ya me estoy yo muriendo. El mejor día, si no emigro, me verás pidiendo limosna por esas calles. Mi pobreza,

hija, se va acumulando á interés compuesto... La suerte será que me moriré mucho antes.»

Amparo tuvo ya entre sus labios esta observación: «¿Por qué no enmendarse y procurar recibir otra vez las licencias para ganarse la vida en la Iglesia?» Pero tanto le repugnaba la intromisión de cualquier idea religiosa en aquel tristísimo orden de ideas, que se tragó la frase. Todo recuerdo de cosas eclesiásticas, toda alusión á ellas, la hacían temblar con escalofríos, como si le pusieran un cilicio de hierro. Entonces era cuando su conciencia se alborotaba más, cuando su sangre ardía y cuando el corazón parecía subírsele á la garganta, cortándole el aliento. Apartando aquellas ideas, habló así:

«No hay que ver las cosas tan negras. Y ahora me acuerdo... usted...»

Hasta entonces había hablado en impersonal; mas obligada á emplear un pronombre, antes se hubiera cortado la lengua que pronunciar un *tú*.

«Usted tiene deudores...

—Sí... y de ellos voy cobrando poco á poco. Pero ya se agota esa mina.

—Yo conozco un deudor que podrá socorrerle á usted, devolviéndole una mínima parte de los beneficios que ha recibido.»

Lo decía de tal manera, que Polo comprendió al instante.

«No seas tonta. Me enfadaré contigo...

—Es el caso que...—dijo Tormento revolviendo en el hueco del manguito.—Yo había pensado al venir aquí... No es esto pagar una deuda, pues si fuéramos á pagar...»

La infeliz no sabía encontrar la fórmula, que deseaba fuese muy delicada, y por querer emplear la más sutil y discreta, usó la más necia de

todas, diciendo, al poner un billete sobre la mesa:

«Si más tuviera, más daría.

—¡Dios mío, qué tonta eres!...

—Vamos, que no está usted tan sobrado de recursos... Y me enfadaré de veras si se empeña en ser Quijote.»

A don Pedro le repugnaba el recibir una limosna; pero lo que ésta tenía de prueba de confianza acalló sus escrúpulos.

«Si yo pudiera ser tan generosa como deseo —indicó ella, dando un gran suspiro y acordándose, con nuevas angustias, de la procedencia de aquel dinero,—no consentiría que pasara escaseces ninguna persona que á mí me ha favorecido en días muy malos. Cuando murió mi padre, ¿quién nos socorrió? ¿quién costeó el entierro? Y después, cuando nos vimos tan mal, ¿quién vendió su ropa para que no nos faltara que comer?

—Cállate, tonta: eso no hace al caso. Cuando tengo la suerte de hacer un beneficio, no quiero que me lo recuerden, no quiero que me lo nombren... y mira tú lo que soy, me gustaría que la persona favorecida lo olvidase. Yo soy así.»

Mientras esto decía él, ella sentía dudas, turbaciones y escrúpulos horribles. Sus sentimientos humanitarios no podían manifestarse tranquilos, temerosos de hacer traición á otros muy respetables que habían llegado á tener lugar de preferencia en su alma.

¡Extrañas simpatías del espíritu! Como se comunica el fuego de un cuerpo combustible á otro cercano, las zozobras anímicas prenden y se propagan fácilmente si encuentran materia preparada en qué cebarse. Así, la turbación que removía el espíritu de la Emperadora se propagó,

como incendio que corre, al de don Pedro, el cual se vió súbitamente acometido de punzantes sospechas. Púsose de un color tal, que no habría pincel que lo reprodujera, como no se empapase en la tinta lívida del relámpago; y mascando una cosa amarga, dijo lentamente esta frase: «Muy rica estás...»

Bien sabía ella interpretar la ironía que el excapellán empleaba alguna vez para manifestar sus ideas. Comprendió la sospecha, supo leer aquella coloración de luz eléctrica y aquel mirar indagador, y se hizo la distraída, afectando recoger y limpiar el manguito, que se había caído al suelo. Tan amante de la verdad era ella, que habría dado días de vida por poderla decir claramente; ¿pero cómo decirla, Santo Dios? Y la verdad se removía cariñosa en su interior, diciéndole: *dime*... ¿Pero cómo y con qué palabras? Por todo lo que encierra el mundo no saldría de su boca la verdad oculta. Y siéndole tan aborrecible la mentira, no había más remedio que soltar una y gorda. Polo le facilitó el embuste, diciendo: «¿Trabajáis mucho?

—Sí, sí... Hemos hecho una obra... Hace un mes que vengo ahorrando y guardando todo lo que puedo, escondiendo el dinero, porque Refugio, si lo coge, me lo gasta todo.»

Y se levantó, decidida á marcharse, más que por el deseo de salir, porque no se volviese á hablar del asunto... Otra mentira. Dijo que Rosalía de Bringas le había encargado ir sin falta aquella tarde para sacar los niños á paseo. ¡Pues se pondría poco furiosa la señora... con aquel genio!...

Inútiles fueron los esfuerzos de él por retenerla. Por fin se escapó. Bajando la escalera, sentía

un descanso, un alivio tan grande, como cuando se despierta de un sueño febril.

«Ya no me llamo Tormento, ya recobro mi nombre—decía para sí andando muy á prisa.—No volveré más, aunque se hunda el firmamento. Procuraré no volver á ser débil; sí, débil, porque esa es mi culpa mayor: ser buena y tener mucho miedo... Esto se acabó. Suceda lo que quiera, no le veré más... Pero si se irrita y me escribe cartas, y me persigue y descubre... ¡Señor, Señor, déjalo ir á esa isla de los antípodas, ó llévame á mí de este mundo!»

XVII

Al encontrarse solo, entregóse don Pedro, con abandono de hombre desocupado y sin salud, á las meditaciones propias de su tristeza sedentaria, figurándose ser otro de lo que era, tener distinta condición y estado, ó por lo menos llevar vida muy diferente de la que llevaba. Este ideal trabajo de reconstruirse á sí propio, conservando su peculiar sér, como metal que se derrite para buscar nueva forma en molde nuevo, ocupaba las tres cuartas partes de los días solitarios de Polo y de sus noches sin sueño, y en rigor de verdad, le tonificaba el espíritu, beneficiando también un poco el cuerpo, porque activaba las funciones vitales. Aunque forzada y artificiosa, aquella vida, vida era.

Sepultado en el sillón, las manos cruzadas en la frente, formando como una visera sobre los ojos, éstos cerrados, se dejaba ir, se dejaba ir...

de la idea á la ilusión, de la ilusión á la alucinación... Ya no era el desdichado señor, enfermo y triste, sino otro de muy diferente aspecto, aunque en substancia el mismo. A caballo iba, tenía barbas en el rostro, en la mano espada; era, en suma, un valiente y afortunado caudillo. ¿De quién y de qué? Esto sí que no era fácil de averiguar; sólo tenía sospechas de estar conquistando un grandísimo imperio. Todo le era muy fácil; ganaba con un puñado de hombres batallas formidables, y ¡qué batallas! A Hernán Cortés y á Napoleón les podría tratar de tú.

Después se veía festejado, aplaudido, aclamado y puesto en el cuerno de la luna. Sus ojos fieros infundían espanto al enemigo, respeto y entusiasmo á las muchedumbres, otro sentimiento más dulce á las damas. Era, en fin, el hombre más considerable de su época. A decir verdad, no sabía si el traje que llevaba era férrea armadura, ó el uniforme moderno con botones de cobre. Sobre punto tan importante ofrecía la imagen, en el propio pensamiento, invencible confusión. Lo que sí sabía de cierto era que no estaba forrado su cuerpo con aquella horrible funda negra, más odiosa para él que la hopa del ajusticiado.

Y dejándose llevar, dejándose llevar, dió con su fantasía en otra parte. Mutación fué aquélla que parecía cosa de teatro. Ya no era el truculento guerrero que andaba á caballo por barranqueras y vericuetos, azuzando soldados al combate; era, por el contrario, un señor muy pacífico que vivía en medio de sus haciendas, acaudillando tropas de segadores y vendimiadores, visitando sus trojes, haciendo reparaciones en sus bodegas, viendo trasquilar sus ganados y

preocupándose mucho de si la vaca pariría en Abril ó en Mayo. Veíase en aquella facha campesina tan lleno de contento, que le entraba duda de si sería él efectivamente ó falsificación de sí mismo. Se recreaba oyendo cómo resonaban sus propias carcajadas dentro de aquella sala rústica, con anchísimo hogar de leña ardiendo, poblado el techo de chorizos y morcillas, y viendo entrar y salir muy afanada á una guapísima y fresca señora... No se confundían, no, aquellas facciones con las de otra. ¡Y qué manera de conservarse, mejorando en vez de perder! A cada pimpollo que daba de sí, aumentando con dichosa fecundidad la familia humana, parecía que el Cielo agradecido le concedía un aumento de belleza. Era una diosa, la señora Cibeles, madraza eterna y eternamente bella... Porque nuestro visionario se veía rodeado de tan bullicioso enjambre de criaturas, que á veces no le dejaban tiempo para consagrarse á sus ocupaciones, y se pasaba el día enredando con ellas...

«¿En qué piensa?—le dijo de golpe con palabra punzante y fría, cual si le metiera una barrena por los oídos, la señora Celedonia, que se apareció delante de la mesa con las manos en la cintura.—¿En qué piensa, pobre señor? ¿No ve que se está secando los sesos? ¿Por qué no pasea, si está bueno y sano, y su mal es mal de cavilaciones?»

El soñador la miró sobresaltado.

«¿Qué?... ¿Estaba durmiendo? ¿No ve que si duerme de día estará en vela por las noches? Echese á la calle, y váyase á cualquier parte, hombre de Dios; distráigase, aunque sea montando en el Tío Vivo, comiendo caracoles, bailando con las criadas ó jugando á la rayuela.

Está como los chiquillos, y como á los chiquillos hay que tratarle.»

Don Pedro la miró con odio. La tarde avanzaba. El rayo de sol que entraba en la habitación al mediodía, había descrito ya su círculo de costumbre alrededor de la mesa, y se había retirado escurriéndose á lo largo de la pared del patio, hasta desvanecerse en las techumbres. La sala se iba quedando obscura y fría. Destacábase Celedonia en su capacidad como la parodia de una fantasma de tragedia: tan vulgar era su estampa.

«¿Quieres irte con doscientos mil demonios y dejarme en paz, vieja horrible?—le dijo Polo con toda su alma.

—Vaya unos modos—replicó la sacristana riendo entre burlas y veras.—¡Qué modo de tratar á las señoras!... Aquí donde me ve, yo también he tenido mis quince...

—¿Tú... cuándo?

—Cuando me dió la gana... Con que á ver. ¿Qué quiere que le traiga? ¿Quiere cenar? ¿Le traigo el periódico?»

Hechas estas preguntas, que no tuvieron contestación, la fantasma salió despacio, cojeando y echando de su boca dolorosos ayes á cada paso que daba. Don Pedro se arrojó otra vez en el lago verdoso y cristalino en cuyo fondo se veían cosas tan bellas. Bastábale dar dos ó tres chapuzones para transfigurarse... Vedle convertido en un señor que se paseaba con las manos en los bolsillos por sitios muy extraños. Era aquello campo y ciudad al mismo tiempo, país de inmensos talleres y de extensos llanos surcados por arados de vapor; país tan distante del nuestro, que á las doce del día dijo el buen hombre: «Ahora serán las doce de la noche en aquel Madrid tan antipático.» Sentado luego con joviales amigos alrededor de una mesilla, echaba tragos de espumosa cerveza; cogía un periódico tan grande como sábana... ¿En qué lengua estaba escrito? Debía de ser en inglés. Fuera inglés ó no, él lo entendía perfectamente leyendo esto: «Gran revolución en España: caída de la Monarquía; abolición del estado eclesiástico; libertad de cultos...»

«El periódico, el periódico,—gritó la espectral Celedonia poniéndole delante un papel húmedo con olor muy acre de tinta de imprimir.

—¡Qué casualidad!—exclamó él, encandilado, porque la luz que puso Celedonia sobre la mesa le hería vivamente los ojos.

—¿Pero no ve que se va á consumir en ese sillón?—observó el ama de llaves.—¿No vale más que se vaya á un café, aunque sea de los que se llaman cantantes? ¿No vale más que se ponga á bailar el zapateado? Lo primero es vivir. Márchese de jaleo y diviértase, que para lo del alma tiempo habrá. Hombre bobo y sin substancia, ya le podía dar Dios mi reúma para que supiera lo que es bueno.»

Empezó el tal á leer su periódico con mucha atención. Desgraciadamente para él, la prensa, amordazada por la previa censura, no podía ya dar al público noticias alarmantes, ni hablar de las partidas de Aragón, acaudilladas por Prim, ni hacer presagios de próximos trastornos. Pero aquel periódico sabía poner entre líneas todo el ardor revolucionario que al país abrasaba, y Polo sabía leerlo y se encantaba con la idea de un cataclismo que volviera las cosas del revés. Si él pudiese arrimar el hombro á obra tan grande, ¡con qué gusto lo haría!

Pasó la noche mejor que otras veces, y al día siguiente, en vez de permanecer clavado en el sillón, paseaba muy dispuesto por la sala, como hombre que acaricia el sabroso proyecto de echarse á la calle, en el sentido pacífico de la frase. Poco después del mediodía le visitó el mejor de sus amigos, don Juan Manuel Nones, presbítero, hombre bondadosísimo, ya muy viejo, del cual es forzoso decir algunas palabras.

Era este señor tío carnal de nuestro amigo el notario Muñoz y Nones, por quien le conocí en época más reciente. En la que corresponde á esta relación, era ecónomo de San Lorenzo, y vivía, si no me engaña la memoria, en la calle de la Primavera, acompañado de un hermano seglar y de dos sobrinas, una de las cuales era casada. Tengo muy presente la fisonomía del clérigo, á quien ví muchas veces paseando por la Ronda de Valencia con los hijos de su sobrina, y algunas cargado de una voluminosa y pesada capa pluvial en no recuerdo qué procesiones. Era delgado y enjuto, como la fruta del algarrobo; la cara tan reseca y los carrillos tan vacíos, que cuando chupaba un cigarro creeríase que los flácidos labios se le metían hasta la laringe; los ojos de ardilla, vivísimos y saltones; la estatura muy alta, con harta energía física; ágil y dispuesto para todo; de trato llano y festivo, y costumbres tan puras como pueden serlo las de un ángel. Sabía cuentos y anécdotas mil, reales ó inventadas; dicharachos de frailes, de soldados, de monjas, de cazadores, de navegantes, y de todo ello solía esmaltar su conversación, sin excluir el género picante siempre que no lo fuera con exceso. Tocaba la guitarra, pero rarísima vez cogía en sus benditas manos el profano instrumento, á no ser en un

arranque de inocente jovialidad para dar gusto á sus sobrinas cuando tenían convidados de confianza. Este hombre tan bueno revestía comunmente su sér de formas tan originales en la conversación y en las maneras, que muchos no sabían distinguir en él la verdad de la extravagancia, y le tenían por menos perfecto de lo que realmente era. *Un santo chiflado* llamábale su sobrino.

Era extremeño. Su padre fué pastelero, y él había sido soldado en su mocedad. Estaba de guarnición en Sevilla cuando el alzamiento de Riego, y contaba este suceso con todos sus pelos y señales. Después formó en el cuadro cuando fusilaron á Torrijos. Había sido también un poquillo calavera, hasta que tocado en el corazón por Dios, tomó en aborrecimiento el mundo, y convencido de que todo es humo y vanidad, se ordenó. Nunca tuvo ambición en la carrera eclesiástica, y siendo Ministro de Gracia y Justicia el Marqués de Gerona, despreció el arcedianato de Orihuela. Curtido en humanas desdichas, sabía presenciar impávido las más atroces, y auxiliaba á los condenados á muerte acompañándoles al cadalso. El cura Merino, los carboneros de la calle de la Esperancilla, la Bernaola, Montero, Vicenta Sobrino y otros criminales, pasaron de sus manos á las del verdugo. En sus tiempos había sido gran cazador; pero ya no le quedaba más que el compás. En suma: había visto Nones mucho mundo, se sabía de memoria el gran libro de la vida, no se asustaba de nada.

Sobre Polo tenía tal ascendiente, que era quizás el único hombre que podía sojuzgarle, como se verá en lo que sigue. Había sido Nones amigo de su padre; á Pedro le conoció tamañito, y se

permitía tutearle y echarle ásperas reprimendas, que el desgraciado ex-capellán oía con respeto. Luego que éste le vió aquel día, y se estrecharon las manos con extremada cordialidad, entróle al misántropo una ansiedad vivísima; deseo repentino, apremiante y avasallador de vaciar de una vez todas las congojas de su alma en el pecho de un buen amigo. Este anhelo no lo había sentido nunca Polo; pero aquel día, sin saber por qué, no pudo ni quiso dejar de satisfacerlo al instante. Y no se confesaba al sacerdote; se confiaba al amigo para pedirle, no la absolución, sino un sano y salvador consejo...

«Don Juan, ¿tiene usted que hacer?... ¿No? Pues voy á retenerle toda la tarde, porque le quiero contar una cosa... una cosa muy larga...»

Decía esto con decisión inquebrantable. Su afán de descubrirse era más fuerte que él. Había en su alma algo que se desbordaba.

«Pues á ello—replicó Nones sentándose y sacando la petaca.—Empecemos por echar un cigarrito.»

Polo declaró todo con sinceridad absoluta, no ocultando nada que le pudiera desfavorecer; habló con sencillez, con desnuda verdad, como se habla con la propia conciencia. Oyó Nones tranquilo y severo, con atención profunda, sin aspavientos, sin mostrar sorpresa, como quien tiene por oficio oir y perdonar los mayores pecados; y luego que el otro echó la última palabra, apoyándola en un angustioso suspiro, volvió Nones á sacar la petaca y dijo con inalterable sosiego:

«Bueno, ahora me toca hablar á mí. Otro cigarrito.»

XVIII

Mediano rato empleó el clérigo en dar fuego al cigarrito, en chuparlo, en soplar la ceniza...

Después, sin mirar á su amigo, empezó á exponer ampliamente su pensamiento.

«La verdad más grande que se ha dicho en el mundo es ésta: *Nihil novum sub sole.* Por donde se expresa que ninguna aberración humana deja de tener su precedente. El hombre es siempre el mismo, y no hay más pecados hoy que ayer. La inventiva de la perversidad es nula, hijo, y si tuviéramos á mano el libro de entradas del Infierno, nos aburriríamos de leerlo: tan monótono es. Quien como yo ha estado barajando por tantos años conciencias de criminales y extraviados, no se asusta de nada. Y dicho esto, vamos al remedio.

»Dos males veo en tí: el pecado enorme y la enfermedad del ánimo que has contraído por él. El uno daña la conciencia, el otro la salud. A entrambos hay que atacar con medicina fuerte y sencilla. Sí, Perico, sí *(voz alta y robusta):* es indispensable cortar por lo sano, buscar el daño en su raíz, y ¡zas!... echarlo fuera. Si no, estás perdido. ¿Que esto te dará un gran dolor?... *(voz aflautada y blanda).* Pues no hay más remedio que sufrirlo. Luego vendrán los días á cicatrizarte, los días, sí, que pasarán uno tras otro sus dedos suaves y amorosos, y cada uno te quitará un poco de dolor, hasta que se te cierre la herida. Si tienes miedo, y en vez de cortar por lo sano quieres curarte con cataplasmas, el mal te ven-